

CONSERVADORES Y PROGRESISTAS

Para cualquiera que haya seguido la marcha del Concilio Vaticano II, la presencia en él de dos tendencias opuestas no es ningún secreto. Una sorpresa —o un escándalo— sólo lo puede ser para el que desconozca la historia de la Iglesia.

Llámense conservadores y progresistas, derechas e izquierdas, revolucionarios y reaccionarios, su presencia es una constante en la historia de la Iglesia, como lo es también en la historia de la humanidad.

En la humanidad se da el nómada de la tierra o de la cultura, en búsqueda incesante de nuevos horizontes y el apegado al terruño en que nació y a las estructuras mentales y sociales en que ha vivido siempre; el que se hastía pronto de lo que ha recibido y el que se aferra a lo que tiene; el que teme quedar aprisionado en estructuras mentales o sociales anquilosadas y el que teme perder el fundamento mismo de su existencia con la pérdida o la transformación de determinadas estructuras mentales o sociales.

PROYECCION

Nada tiene de particular que dentro de la Iglesia existan también estas fuerzas, estas dos tendencias opuestas y no vamos a detenernos en examinar los elementos culturales, ambientales e incluso fisiológicos, que pueden influir para que una determinada persona se sitúe dentro de una de estas dos tendencias, con sus infinitos matices diferenciales. Lo que nos interesa es que la existencia de estas dos fuerzas dentro de la Iglesia tiene que tener un carácter providencial, "edificante" en el sentido profundo que da S. Pablo a esta palabra, es decir, tiene que contribuir a la "edificación", a la construcción del cuerpo místico de Cristo. La iglesia es un organismo vivo y para ella, como para cualquier otro organismo viviente, la ley del crecimiento es una ley vital: o crecer o morir. Pero el crecimiento no es un mero aumento material. Hay una tendencia frecuente en los reformadores de todos los tiempos: la vuelta a los orígenes, la vuelta a la Iglesia primitiva. Ciertamente, la vuelta a las fuentes, preconizada por los humanistas del Renacimiento y por la teología actual, es una necesidad para revitalizar y controlar el progreso mismo de la Iglesia. Pero cuando la vuelta a lo primitivo se entiende como un poner entre paréntesis una determinada época de la Iglesia (la Edad Media, por ejemplo), condenar al olvido una parcela de su conciencia, producir una especie de amnesia artificial en esa memoria "donde pesa lo vivido por todos los humanos", para retroceder pura y simplemente a una época anterior, entonces se olvida que el cristianismo es un progresivo despertar, en una noche que cada vez se acerca más a luz de día. "Hora es ya de que despertéis del sueño —decía S. Pablo a los romanos que ya habían creído en Cristo— pues nuestra salvación está ahora más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está muy avanzada y el día se acerca" (Romanos 13, 11-12). Esto quiere decir: el cristianismo en cada momento que pasa adquiere una conciencia más clara, más despierta de sí mismo. La historia de la Iglesia, sin embargo, nos hace ver que el progreso visible no se verifica en una ascensión uniforme, sino con momentos —invernales— de aparente paralización o retroceso de la actividad vital, y con eclosiones primaverales de vitalidad incontenible. "Y todo esto es el mismo y único Espíritu el que lo opera, distribuyendo sus dones a cada uno en particular, como quiere" (1 Corintios 12,11), pero con la finalidad determinada de llevar adelante "la edificación del cuerpo de Cristo" (Efesios 4, 12).

En este crecimiento orgánico, que no es, por tanto, mero aumento material, sino ante todo y sobre todo un desarrollo de la conciencia de la Iglesia misma, es donde creemos que tiene su misión providencial la tensión de estas dos fuerzas.

El crecimiento orgánico, tanto el puramente biológico como el de la conciencia, se efectúa por asimilación, no por mera agregación y, mucho menos, por mera substitución. En este crecimiento orgánico los conservadores, con su apego y defensa de las estructuras recibidas, evitan que el crecimiento se convierta en mera substitución. Evitan la pérdida de la continuidad, que significaría la disolución del organismo. Es ciertamente un instinto de conservación, pero no se puede decir que sea meramente un

PROYECCION

freno de la actividad vital. Los progresistas por su parte, con su tendencia a lo nuevo evitan el peligro que amenaza continuamente a todo organismo vivo: la esclerosis, la vuelta al reino de lo anorgánico, de lo mineral.

Cualquiera de las dos fuerzas, sola, puede llevar al organismo a la destrucción, sea por desintegración, sea por paralización total de la vida. Del equilibrio de ambas depende que el crecimiento sea verdaderamente orgánico, y puestas al servicio de este crecimiento estas fuerzas son realmente providenciales. Pero para que no sean mero "talante" sino verdaderos "carismas" para la edificación de la Iglesia, tienen que estar radicadas en la caridad, en esa caridad viril y delicada que en momentos difíciles para su unidad encomendaba el Apóstol a la Iglesia de Corinto: "La caridad es paciente, es bondadosa la caridad; no es envidiosa, no se gloria, no se engríe, no hace nada inconveniente, no busca su interés, no se irrita, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia, sino que se alegra en la verdad. Lo dismula todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo" (1 Corintios 13, 4-7).

Es cierto que aun la misma caridad no siempre logrará evitar los conflictos ideológicos, que están condicionados por la inevitable limitación de nuestros puntos de vista; pero evitará que la tensión llegue a la ruptura de la unidad; evitará que las fuerzas de crecimiento se conviertan en fuerzas de disgregación, pues precisamente para evitar ese peligro es la caridad "vínculo de perfección", principio de cohesión, que mantiene unidos los demás carismas, que, de lo contrario, se dispersarían, y los lleva a su perfección. (Colosenses 3, 14).